
Telémaco en la isla de Calipso

Poema inédito por el limeño don Pedro José
Bermúdez de La Torre

Dos aseveraciones que leí, en la breve e incompleta biografía de Bermúdez de La Torre, inserta en el *Diccionario Histórico-biográfico del Perú* por el general don Manuel de Mendiburu, cuando, a raíz de haber llegado a mis manos el manuscrito inédito de un Poema de aquel ilustre escritor colonial, quise reunir el mayor número de datos acerca de su vida y sus obras, me llenaron de sorpresa y movieron en mí el deseo de estudiar mejor al personaje en cuestión. Dichas aseveraciones decían así: «(Bermúdez) consagró algunas de sus composiciones a elogiar a Oña y a Camargo, y a los Virreyes Montesclaros, Esquilache, Santisteban y Castell-dos-Ríos, que también fueron poetas»; «Bermúdez era émulo y antagonista de D. Pedro Peralta, a quien molestó en no pocas ocasiones». (1)

Medina y Riva Agüero han desvanecido, ya, esta segunda afirmación de Mendiburu, sobre la cual no hay ni asomos en las obras coloniales consultadas por ellos; lo cual es suficiente indicio para sostener que la información del autor del *Diccionario* se basó, seguramente, en algún dato equivocado. Y si ambas autoridades no fuesen suficientes — que lo son —, me atrevería a añadir que cuando leí y revisé las producciones virreinales, para escribir un modesto librito

(1).—Mendiburu, *Diccionario*, etc. II, 40-41.

sobre *Los Poetas de la Colonia*, tampoco logré advertir en las obras de Peralta y Bermúdez, nada que denunciara la pretensa rivalidad existente entre ambos escritores; rivalidad que, en verdad, habría dado un poco de amenidad y viveza a la opaca existencia de don Pedro José Bermúdez de la Torre, encumbrado personaje de su época, para quien los honores fueron pocos y la vida no le dió una sólo emoción intensa, capaz de hacer del rimador, poeta.

Desvanecida una de las aseveraciones del biógrafo de nuestro Virreinato, entráronme serias dudas sobre la otra. Y, en efecto, logré advertir que los elogios a los escritores Oña, Camargo y a los virreyes poetas, no fueron hechos en «algunas composiciones», como dice Mendiburu, sino en simples citas y alusiones soslayadas, en la «Censura» escrita por Bermúdez para el *Poema Sacro de la Pasión de Cristo*, original del ya caduco estro del señor Conde de la Granja (1717).

Me he encontrado, así, con un personaje sin relieve, con todas las características de un buen señor y mejor funcionario de la era colonial. Versificador cortesano, zurcidor de «carteles de certamen — flor y nata de la adulación y el despropósito, estos carteles de certamen —, narrador de autos de fe, dueño de regular hacienda, y de un apellido aristocrático, Rector de la Real y Pontificia Universidad Mayor de San Marcos, miembro de varias academias literarias, entre ellas la del Virrey Marqués de Castell-dos Ríos. Por cierto que en esta Academia, Bermúdez, con el licenciado Cascante, son los únicos que se dejan leer, por cierta soltura en el metro, no obstante, que, como es natural, ninguno de los dos logró libertarse del ambiente engolado, de pie forzado y acróstico, numen de galeote, a que los condeó el absurdo ingenio y la feroz retórica del señor Virrey Castell.

El personaje

Don Pedro José Bermúdez de la Torre y Solier era hijo del doctor don Diego Bermúdez de la Torre y de doña María

de Solier Cáceres y Ulloa, tercera nieta del conquistador Juan Cáceres. Pertenece, en consecuencia, a una distinguida familia limeña, «muy preciada de hidalga», según refiere minuciosamente Riva Agüero en *La Historia en el Perú*.

Estudió don Pedro José en el Colegio de San Martín, dice Médina, (2) y se doctoró en ambos derechos en la Universidad de San Marcos. Fué catedrático sumamente joven, y decano de las Facultades de dichos estudios. Luego alcanzó el rectorado de la Universidad, en 1698, y terminado su período, el claustro le reeligió en 1699, y, por consiguiente, desempeñó su alto cargo, un año más. Transcurridos cuatro lustros, nuevamente fué llevado a tan alta dignidad, en la cual permaneció de 1722 hasta 1725. Con estos datos cronológicos es posible fijar la fecha de su nacimiento entre los años de 1660 y 1670, suponiendo que al doctorado de la «Real y Pontificia Universidad» no habría llegado antes de cumplir los treinta años. (3)

La situación económica de Bermúdez era más que holgada. Poseía una vasta granja en el camino del Callao y su prestigio de abogado le proporcionaba pingües ganancias. La Inquisición le nombró, además, su consultor, y ello dá idea de la situación social y profesional de mi biografiado. El Gobierno le honró con el título de Alguacil Mayor de la Real Audiencia de Lima, y como si esto no fuera suficiente, afianzó más su posición con su ventajoso matrimonio con doña María Bartolina de Castillo Luján Lugo y Recalde, por la que recibió la encomienda de Huarochiri. De su matrimonio nació una hija — la única — llamada doña María Josefa Bermúdez y Castilla, la cual casó con el «mayorazgo y teniente coronel don Juan Sancho Dávila e Isásaga, corregidor de Trujillo, y tercer nieto de aquel don Sancho Dávila y Daza, general en el reinado de Felipe II y Maestro de Campo del célebre duque de Alba». Fué hijo de

(2).—Medina, *Imprenta en Lima*, II, 228 y sig.

(3).—Riva Agüero, *La Historia en el Perú*, Lima, 1910, pág. 310 etc.—Medina ob. cit.—Mendiburu ob. cit.—J. M. Gutiérrez, *Estudio sobre Peralta en El Correo del Perú*, Lima, 1875, tom. V.—Menéndez y Pelayo, *Antología*, tom. III.—Riva Agüero, *Un Cantor de Santa Rosa*, Lima, 1919.

doña María Josefa, y nieto de don Pedro José Bermúdez, el capitán don Antonio Sancho Dávila «señor de Valero, el cual era también dado a la poesía y acompañó a su abuelo a algunos saraos literarios». (4)

Bermúdez, aparte de su condición de abogado y catedrático, se dedicó de modo especial a la literatura. Su nombre figura en las Academias y saraos de entonces con una puntualidad ejemplar. Concurrió a las reuniones de Palacio, bajo el Virrey Castell, y muerto éste, solía asistir a la Academia encabezada por el Conde de la Granja. Iban también a ella, el Marqués de Bienes, contertulio de la del Virrey Castell; don Baltasar de Castro Isásaga, el Marqués de Villafuerte, por quien sintió Bermúdez particular afecto, don Miguel de Mudarra, primogénito del Marqués de Santa María, y el ya nombrado don Antonio Sancho Dávila, nieto de nuestro poeta.

Bermúdez todavía escribía en 1732, fecha en que apareció la *Lima Fundada* de Pedro de Peralta Barnuevo, según se desprende de las palabras con que éste alude a aquél: «Tiene — dice Peralta — que dar a luz las obras que ha discurrido en Prosa y Metro, como son: 1 Un Tratado sobre ser Punto de Fe la Muerte de los hombres. 2 *Vna Epopeya Amorosa en quatro cantos de Telemaco en la isla de Calipso*, y otras que athesora manuscritas y seran otro Peru de intelectual y mayor riqueza». (5)

Los términos en que Peralta se refiere a Bermúdez no pueden ser más entusiastas:

A aquel que con la Pluma, y con la Lyra,
Vniendo lo florido y lo canoro,
Del Tempe, y de las Piérides que inspira
A un tiempo es todo el Prado, y todo el Coro;

(4).—Riva Agüero, ob. cit.

(5).—Peralta, *Lima Fundada*, Lima, 1732, Parte II, Canto VII, nota 124, octava CLVIII.

Este el Bermúdez es, que tanto admira,
Tan elocuente es, y tan sonoro,
En el Plectro, o la voz, que incomparable,
Si él mismo no se incluye, no es cantable.

Es, además, Peralta quien manifiesta que la *Destreza Indiana*, aparecida con ajeno nombre, era original de Bermúdez, y copia los títulos de otras obras suyas. A cambio de esto, Bermúdez escribe encendido elogio de Peralta en la «Aprobación» que precede la tantas veces citada *Lima Fundada*.

Su amistad con el Conde de la Granja fué, también, muy entrañable, y parece que consideraba a éste como maestro y gaña, tal es el tono encendido con que de él se expresa en la «Censura» al *Poema Sacro*.

Con efecto, en esta obra póstuma del señor Conde, publicada en Lima el año 1717, Bermúdez estuvo encargado de redactar la respectiva *Censura*, firmada el 11 de Diciembre de 1715, o sea poco antes de que muriera el Conde de la Granja. Don Pedro José dice allí las siguientes palabras, probatorias del alto concepto en que tenía la opinión de su aristocrático amigo; estoy escribiendo — confiesa — una dilatada apología que (siendo Nuestro Señor servido) se animará a salir con título de *Triunfo de la Elocuencia*. Y ya que *La Verdad Servida*, corriendo hasta ahora en su desaliento la fortuna de todas las verdades, yace olvidada en el silencio de otros despreciables borroneos en que se depositan mis desvelos, a cargo de mis desconfianzas, saldrá éste siguiendo el movimiento del Astro director de las coronas del Oriente en el *Panegyrico Historial de los tres Santos Reyes Magos*, que con el título de *Los Sabios con Estrella*, es dulce fatiga de mi pluma, habiendo merecido sus primeros rasgos el favor de V. E., el exceso de su alabanza» (6). En

(6).—*Poema Sacro de la Pasión de N. S. Jesu Christo. Que en un romance castellano dividido en siete Estaciones escribía don Luis Antonio de Oviedo Herrera y Rueda.....* Con licencia. En Lima, por Francisco Sobriño. Año 1717.

dicha *Censura* es en donde alaba a los virreyes Esquilache, Montesclaros, Santisteban y Castell-dos Ríus; el *Sau Ignacio* de Oña y el de Camargo, alude, con elogio, a Picedella, Mirandola, Quevedo, Calderón, y al «Horacio francés Nicolás Boileau, moderno autor de la Arte Poética». Lo raro es que ni siquiera aluda al padre Hojeda, no obstante el subido valor de *La Cristiada*, cuya publicación se hizo en el año de 1611.

Quedamos, pues, enterados, por boca del propio Bermúdez de que, además de las dos obras mencionadas por Peralta, tenía tres en preparación, de dos de las cuales hace referencia Riva Agüero en su folleto sobre *Un Cantor de Santa Rosa*, en el que supone que *El Triunfo de la Elocuencia* fué una «formal defensa del culteranismo, del género de la de Espinosa Medrano». (7)

Ha resaltado algo la figura de Bermúdez, como poeta, a causa de su asistencia y principal actuación en la Academia del Virrey Castell-dos-Ríus. Sin duda fué, con Cascanete, el más alto valor poético de la reunión, excepto el Conde de la Granja, concurrente esporádico de dichas sesiones. Menéndez y Pelayo, afirma que «sus romances son lo mejor de *Flor de Academias*» y el de *La Tola de Penélope* ha ganado aplausos de todos sus glosadores; pero, aparte de ellos cualquier otra composición poética de don Pedro José resalta al lado de las de sus colegas de Academia, tales como don Pedro Peralta, a menudo el Conde de la Granja, el paje Angles, el Marqués de Brenes, don Jerónimo de Monforte, don Juan Manuel de Rojas, el fraile Sanz, y a veces, el Marqués de Villar del Tajo, don Antonio de Zamudio y las Infantas. (8)

Vemos, así, que en la quinta sesión de la Academia de Palacio, el 21 de Octubre de 1709, Bermúdez lee un romance muy aceptable; en la sexta, es el único que improvisa ante

(7).—Riva Agüero, *Un Cantor de Santa Rosa*, Lima, 1919.

(8).—Menéndez y Pelayo, *Antología. Historia de la Poesía Hispano-americana*, Madrid 1913, II, 205.—Sánchez, *Los Poetas de la Colonia*, Lima, 1921, pág. 201 y sig.

la araña de cristal, y el Virrey le encarga a él solo glosar unos versos ajenos; sus redondillas en la séptima sesión y la charla en el locutorio de las monjas, de la sexta; así como el romance sobre la tela de Penélope, son de lo menos despreciable de aquella reunión de verseadores. Quizás por esa facilidad para rimar y cierta frescura que se advierte en sus metros, pese al amaneramiento ambiente, Peralta diría de él, en la sesión vigésima de la Academia:

Bermúdez a un tiempo ha hallado
Que es el Arión y es el pez;
Su lira al mundo ha encantado,
Y tan rico en cualquier vez
Es fresco como salado. (9)

En tan importantes ocupaciones entretenían su tiempo los señores escritores coloniales de principios del setecientos.....

Obra de Bermúdez

Con la aparición del Poema, que ahora empiezo a publicar—y al cual, por levísima equivocación lo llamó Riva Agüero *Telémaco y Calipso*, y Ventura García Calderón, desordenando sus sus encabezamientos, *Epopéya Amorosa en Cuatro Cantos de Telémaco en la Isla de Calipso* (10)—la figura literaria de Bermúdez cobra mayor importancia, y, para juzgarle rimador, hay ya abundante tela no solo con su participación en reuniones académicas y en carteles de certamen, sino en esta obra escrita sin el apremio del minuto, como fueron compuestas aquéllas.

Por cierto, no se puede prescindir, en la delineación de nuestro personaje, de su Aprobación a la *Lima Fundada* de Peralta, ni de su Censura al *Poema Sacro* del Conde de la

(9).—*Flor de Academias*, publicado por R. Palma, Lima, 1899.

(10).—V. García Calderón, *La Literatura Peruana*, en *Revue Hispanique*, París, 1914, pág. 346.

Granja, ya que en tales escritos se encierra su doctrina literaria, carente de originalidad, es cierto, pero fiel reflejo de la época. Se advierte, por ejemplo, que se insinúa ya una leve influencia francesa—Boileau empieza a ser familiar—muy natural después del ascenso de Felipe V al trono español. También se nota que un marcado descuido formal, debilita el gongorismo, como si la poesía virreinal se hubiese fatigado del voluntario grillete, mientras que la prosa, más desembarazada de una carga espontánea, anduviera ya con cierto desenfadado.....

Lo dicho no añade ni quita rey a la mediocridad de Bermúdez. Pero tampoco debemos pensar que le aventajara mucho Peralta en buen gusto literario. En Ciencia, en Políglotía, en volumen, en significado, sí. Y, también, en el amargor de los últimos años, cuando la Inquisición se ensañó con el erudito autor de *Lima Fundada* a propósito de su *Pasión de Cristo*. Bermúdez, en cambio, sufrió poco, no fué perseguido por nadie—síntoma de mediocridad inofensiva—y, ricachón, linajudo, abogado consultor del Santo Oficio, no pudo nunca sacudirse de la influencia familiar ni del peso de su posición social.

Con todo, es un personaje importante en su época. Censor, su benevolencia le aleja de Zoilo y prende en sus labios el elogio encendido. Su labor literaria tiene como mérito esencial, la fecundidad. Basta revisar los títulos de sus libros, y las materias tan diversas de que tratan, para que surja, limpio y redondo, el adjetivo que les corresponde. Pero, eso sí, como fué un fiel representante de su tiempo, al ver desfilar los títulos de sus obras, y los versos de ese poema inédito, tendremos la sensación cabal de lo que sentía y pensaba un siglo en el cual se embotaba la inspiración poética, entre turbiones de citas clásicas, y la fantasía no acertaba a libertarse, porque las *Leyes de Indias* prohibían traer a América, libros de imaginación o sea, «libros de romance que traten de materias profanas». Justo epitafio para una literatura amorfa. (11)

(11).—Ley IV de Indias.—Véase: Leyes de Indias.—Medina, *Biblioteca*

Cronología de Bermúdez

Bermúdez alcanzó muy dilatada vida. En 1745 aparece su última publicación, conocida, el *Cartel de Recibimiento del Virrey Manso de Velasco, Conde de Superunda*; la primera había visto la luz en 1699, siendo Rector ya de San Marcos. Media, por consiguiente, entre ambas, cincuenta años, que, añadidos al mínimo de treinta para ser doctor en ambos derechos, catedrático, decano de dos Facultades y rector de la Universidad, nos lo colocan escribiendo cuando frisaba ya en los ochenta años.

No dispongo de los papeles que, tal vez, se guarden en el Rectorado de la Universidad, aunque una investigación que al respecto hiciera, me dió resultado negativo. De esos papeles saldría la fecha exacta del nacimiento de Bermúdez. Con todo, por los datos apuntados, y por la circunstancia de que a la Academia de casa del Marqués de Villafuerte y y del Conde de la Granja, concurría acompañado por su nieto, y esto ocurría hacia 1715, creo que no pudo haber nacido después de 1665 y, en un máximo de posibilidades, jamás después de 1670, por mucha que fuese su precocidad. Su vida abraza, pues, el entronizamiento y la agonía del culteranismo en nuestra literatura virreinal.

Obras impresas e inéditas de Bermúdez

Basándome en las enumeraciones de Peralta (1732), Medina (1904), Riva Agüero (1910), y muy especialmente en los propios datos de Bermúdez, he formado la siguiente lista, en la que he señalado con (x) las que no están nombradas por ninguno de los tres primeros:

Hispanoamericana, tom. IV, pág. XXVI.—R. Rojas, *Literatura Argentina*, 2ª edición, tom. III, pág. 25-29.—V. G. Quesada, *La Vida Intelectual en la América Española*, Buenos Aires, 1917, pág. 33-67. Sáchez, *Góngora en América*, Lima, 1927, pág. 21-23.

IMPRESAS

1699.—Oración informativa, panegyrica, histórica y política que hizo el Señor Doctor D. Pedro Joseph Bermúdez de la Torre y Solier, Alguacil Mayor etc., al insigne Claustro, Doctores y Maestros de dicha Universidad, estando en el General Mayor de las Escuelas, para hacer la elección de Rector, el día 30 de Junio deste año de 1699.

1707.—Cartel de Certámen para recibir a Castell-dos-Ríos, incluido en el libro de Peralta titulado *Lima Triunfante*.

1709-10.—Versos en la Academia de Castell-dos-Ríos, impresos en las Actas de la Academia, bajo el título de *Flor de Academias*, en Lima, 1899.

1710.—Elogio de la Pastoral del Virrey Ladrón de Guevara.

1712.—«Destreza Indiana», por Francisco Santos de Paz, obra escrita por Bermúdez, según lo afirma Peralta y lo repiten Medina y Riva Agüero. Puede verse, además *Flor de Academias*.

1717.—«El Sol en el Zodíaco», cartel de Certamen para el recibimiento del Virrey Príncipe de Santo Buono.

(x) 1717.—Censura del *Poema Sacro*, del Conde de la Granja.

(x) 1718.—Obsequio de la Memoria. Oración académica que dixo el Doctor D. Pedro Joseph Bermúdez de la Torre y Solier, como Presidente de la Academia que se celebró en aplauso de los felizes Años de la muy Ilustre Señora Doña Constanza Cayetana de Verdanequi Luzán y Recalde, Marquesa de Uilla fuerte. El domingo 7 de Agosto deste año de 1718. No figura en las listas de Medina ni Riva Agüero. El ejemplar que poseo ostenta carátula impresa, pero texto manuscrito. No está incluido en *La Imprenta en Lima*.

1725.—Poesías sueltas en la *Relación de los Funerales del Duque de Parma*.

1724.—Cartel de Certamen para el recibimiento del Virrey Marqués de Castellfuerte.

1728.—Romance en la *Fúebre Pompa, exequias del Duque de Parma*, por Pedro de Peralta.

1730.—Romance heroico, Aclamación afectuosa, aplaudiendo la muerte que el Príncipe de Asturias dió a un toro en un bosque de Sevilla, en defensa de la Princesa.

(x) 1732.—Aprobación a la *Lima Fundada* de Peralta: no citada en las nomenclaturas aludidas.

1736.—Triunfos del Santo Oficio Peruano, relación de un Auto de Fe.—Medina señala el año de 1736: Riva Agüero, el de 1737.

1738.—Relación del Auto de Fe de 11 de Noviembre de 1737. Lo ha reimpresso Odriozola en el tomo VII de sus «Documentos literarios del Perú», página 373.

1743.—Elogio Panegírico en el recibimiento del Arzobispo de Lima, Doctor D. José Antonio de Ceballos.

1745.—Hércules aclamado de Minerva, cartel de certamen para el recibimiento del Virrey Manso de Velasco.

INÉDITOS ANTERIORES A 1717., FECHA DE LA CENSURA AL
POEMA SACRO DEL CONDE DE LA GRANJA

El Triunfo de la Elocuencia (apología).

La Verdad Servida.

Los Sabios con Estrella, (panegírico historial de los Tres Santos Reyes Magos).

POSTERIORES A 1717

Tratado sobre ser punto de fe la muerte de los hombres.

«Telémaco en la Isla de Calipso, epopeya amorosa en cuatro cantos», que ahora saco a luz.

El inédito que se publica ahora

Debo decir dos palabras acerca de la procedencia y el valor del *Telémaco en la Isla de Calipso*, cuya publicación, por vez primera, inicio enseguida, aprovechando de la benevolencia de don Carlos A. Romero, el erudito director de la

Revista Histórica. Lo obtuve del señor Ricardo Vegas García, quien me lo obsequió. El señor Vegas, en un viaje que realizó a Piura, el año de 1922, recibió en calidad de presente el valioso manuscrito, que según, parece, había sido hallado en la provincia de Ayabaca. Ignoro el modo cómo fué a dar por esas tierras el original de Bermúdez. Tampoco sé si se trata del original del escritor limeño, aunque la carátula ostenta la fecha de 1728, y la primera vez que se alude a la existencia de este poema, fué en 1732, en *Lima Fundada*. Por la prolijidad con que está guardado, por las estampas, de ajeno libro, con que se le ha ilustrado, y por la circunstancia de estar encuadernado en pergamino, datado en 1728, junto con una desconocida «Oración Académica» del propio Bermúdez, me hace presumir en la posibilidad de que se trate de una copia perteneciente a la biblioteca de éste, quizás el mismo original del Poema.

No cabe dudar de la autenticidad del Poema, desde que Peralta se refiere a él en la indicada obra. Bermúdez siervo de la moda, siguió las huellas de Fenelón, y en el prólogo aprovecha para poner de manifiesto, una vez más, su credo literario y su vasta erudición. Por lo demás, me parece que tuvo sobrada preferencia por los personajes homéricos, ya que una de sus más celebradas composiciones en la Academia del Virrey, fué la relativa a la «Tela de Penélope», la taimada mujer de Ulises.

Su técnica se aparta de la de Fenelón. No se liberta del uso de ficciones grandilocuentes, tan en boga entonces, como se vé en *La Cristiada* de Hojeda, (1611), *Armas Antárticas* del dudoso Miramontes (1608-15), *La Vida de Santa Rosa* del Conde de la Granja (1712) o *Lima Fundada* de Peralta (1732).

Tienen aquí ancho campo para ejercitar diligencia, acuciosidad y buena voluntad, el lector curioso de antiguallas coloniales, el crítico deseoso de penetrar en el espíritu del virreinato y el historiógrafo, para quien revista interés la personalidad de un Bermúdez, prohombre de nuestro siglo dieciocho.

Luis Alberto Sánchez.

Descripción del Poema

1. Prlms. sin numeración, portada, etc.

En la primera página, entre una orla y sobre un grabado impreso, se ha escrito con letra clara:

«El Telémaco».

en fol. 2. el título está dispuesto así en tinta roja y negra; Telémaco, en la Isla de Calipso (una viñetita manuscrita en la misma línea). Epopeya Amorosa, Escrita y dividida en quatro cantos Por el Doctor Don Pedro Joseph Bermudez de la Torre y Solier, Alguacil Mayor de la Real Audiencia de Lima. Dedicada al Exmo. Señor Conde de la Monclova, Virrey del Perú, Y despues de esta Epopeya Amorosa se pone, Una Oración Académica, que intituló el Autor, Obsequio de la Memoria, (Una viñeta impresa sacada de algún otro libro y pegada encima de la hoja). En Lima. Año de 1728.

Fol. 3 Un escudo impreso, pegado encima, ocupando toda la página.

Fol. 5 Prólogo, 2 fols y vta, o sea 4 págs. llenas.

Fol. 6 s/n. Soneto de don Luis Antonio de Oviedo y Herrera, del Orden de Santiago, Conde de la Granja.—Vta. Octava del M. R. P. M. Fray Juan Teodoro Vazquez, Regente Mayor de Estudios del Colegio y Universidad Pontificia de San Ildefonso, desta ciudad de Lima, del Orden del Grand Padre San Agustin.—Fol. 7 Decimas de don Blas de Ayésa, del Orden de Calatrava, Secretario de Su Magestad y de Camara del Exmo. Sr. Conde de la Monclova, Virrey de estos Reinos del Peru, Tierra firme, y Chile &.—Vta. Soneto del Contador don Juan de las Vega, Coronel.—2 fols. en blanco.

Fols. sgte. Telémaco en la Isla de Calipso etc. Argumento del canto primero y vta.

Una pág: con un grab. impreso pegado.

Empieza el poema fols. 1 a 100 y vta. se añade un soneto a don José de la Puente Larrea Castro Urdánegui.

Sigue la Oración Académica fecha 7 de Agosto de 1718 con carátula impresa y texto manuscrito, en 23 fols.

Texto del Inédito

PRÓLOGO

Escribió en nuestros tiempos con delicada pluma el Illmo. Monfieur Francisco de Salignac de la Mothe Fenelon, Arzobispo de Cambray, Principe del Sacro Imperio, Conde de Cambresis, Maestro de los Serenísimos Duques de Borbon de Berry, y de Vojou (oy Nuestro Catholico Monarca FELIPE QUINTO, que Dios guarde) el libro, que intitulo AVENTURAS DE TELEMACO HIJO DE ULISES, que en su idioma Frances ha merecido uniuersal aclamacion y aplauso, y passo a esta Regia Ciudad de Lima, Corte deste Reyno del Peru, en la ocasion en que llego a sus dilatados terminos, conducida en la summa de la Fama la celebre noticia de la feliz sucession de Nuestro inclito Rey en la dichosa Monarchia de España.

El Argumento del mencionado Libro es la Peregrinacion que hizo el Principe Telemaco de orden de su Madre Penelope, y con la proteccion de la Diosa Minerva, en demanda de Ulises su Padre, ausente de sus Reynos de Ithaca y Zaquinto desde que partió a la guerra de Troya, y asimismo las Varias Fortunas que recorrió Telemaco en tan honrada empresa; de las quales ocupa los primeros Libros de su admirable Historia la que con hermosa elegancia texe de los amores de la Ninfa Calipso Hija de Atlante, la qual reynava en la Isla Ogygia que yace entre los mares Sirio y Fenicio, mezclandose tambien en su contexto los zelos que padecio Calipso viendo prendado y correspondido a Telemaco de Eucaris Ninfa suya, y la fuga de este hizo de su Isla por consejo de su Maestro Mentor: y por inspiracion de la Diosa Minerva, su Deidad Auxiliar.

De este trozo de Historia o Fabula (deducido de Homero

en el libro primero de la Ulifea) fe formo esta EPOPEYA AMOROSA, por orden del Excelso Mecenas, a cuyo esclarecido Nombre la confágro el afectuoso rendimiento que por superior precepto fuyo la escribio a imitacion de los mas celebres Ingenios de España, que de otras semejantes han compuesto algunos breves, pero elegantísimos, Poemas, con la destreza y acierto que en ellos se hazen noble empleo de la admiracion y el asombro. Así lo executaron Boscan en su LEANDRO, Don Diego de Mendoza en su ADONIS, Don Luis Carrillo en su GALATEA, Lope de Vega en la CIRCE, la ANDROMEDA, y la FILOMENA, Don Luis de Gongora en su POLIFEMO, Manuel de Faria en los varios Poemas de que se compone la Segunda Parte de su FUENTE DE AGANIPE, el Conde de Villamediana en su APHOLO Y DAPHNE, en su FAETON, y en su EUROPA, Don Juan de Jauregui en su Orfeo, Juan Perez de Montalvan en el fuyo, Don Pedro Soto de Roxas en sus RAYOS DEL FAETON, Don Garcia Coronel en su ARIADNA, y en su ANAXARTE, Don Gabriel Bocangel en su LEANDRO, Manuel de Gallegos en su GIGANTOMACHIA, don Francisco Manuel en sus LAGRIMAS DE DIDO, el Principe de Esquilache en su CLEOPATRA, Jacinto Arnal de Bolea en su CEFALO, y el Marques de Osfera en su PSICHES.

Las demas Aventuras de Telemaco contenidas en el Libro Frances, se dexan reservadas a otras diferetas y elegantes plumas, diciendo con la del culto Ludovico Aristo en la estancia 16, del canto 3º de su Orlando..... dexa de profeguir las Fortunas de Angelica y Medoro:

Forte altro cantera con miglior plettro

Y parece que este fue vaticinio del acierto y primor con que en aplauso de Angelica celebraron despues su HERMOSURA y sus LAGRIMAS en dilatados Poemas Lope de Vega Carpio y Luis Baraona de Soto.

El estilo Poetico preciso a introducir en esta EPOPEYA algunos epifodios de invencion propia, como son los amores de los Soldados de Telemaco, y Niufas de Calipso, el Infierno

de los Zelos, los conjuros de Filida, y la muerte de Eucaris procedida de su amante y zeloso sentimiento.

Los diestros en la profesion no extrañaran la novedad, pues saben que no es Poesia la que carece de invencion, estrechándose mas esta formalidad en las leyes de la Epica, y que Aristoteles afirma en su Poetica que solo a la ficcion se debe toda la perfeccion de la Poesia. Y por esta razon defiende Horacio en su Arte (conociendo que la Pintura es una Poesia muda, y a la Poesia una Pintura eloquente), que los Profesores de una y otra hermosa habilidad, y alentada fatiga, tienen igual poder y facultad para atreverse a dilatar los rasgos del pin..... (¿cel y?) vuelos de la pluma por los dilatados espaci... .. la idea con libertad de la imaginacion.

(Una linea de corchetes indicando el fin)

De don Luis Antonio de Oviedo y Herrera, de la Orden de Santiago, Conde la Granja

EN ALABANZA DEL AUTOR Y DE LA OBRA

SONETO

Pitagóricos dogmas afirmaron
Entre varias sentencias que seguían
Que de cuantos de este Orbe se partian
A otros cuerpos las almas se pasaban.
En tal dictamen, como en todo erraban
Los que a tan ciego error se persuadian,
Y como otra Deidad no conocían,
Al Autor de él por Numen adoraban.

Pero en esta EPOPEYA que AMOROSA
Vuestro ingenio intitula, el Mundo admira
Que de aquella opinión puede ser palma:
Pues, sin tener censura escrupolosa,
Podrá el que atento sus primores mira
Pensar que la de Apolo fué vuestra alma.

Del M. R. P. M. Fray Juan Teodoro Vázquez,
Regente Mayor de Estudios del Colegio
y Universidad Pontificia de San Ildefonso desta
Ciudad de Lima, de la Orden del
Gran Padre San Agustín

OCTAVA

Qué elegante ¡qué dulce! ¡qué nervoso!
Lo espantable, lo bello y lo florido,
Pintas, vistas, retratas con reposo,
Con alma, con dulzura, y con sentido:
Cada Octava es un Poema ingenioso,
Cada verso es un canto esclarecido,
Y el todo de la obra es tal portento
Que solo caber pudo en tu talento.

De D. Blas de Ayessa, de la Orden de Calatrava,
Secretario de Su Magestad, y de Camara
del Excmo. Sr. Conde de la Monclova, Virrey des-
tos Reynos del Peru, Tierra firme, y Chile

DECIMA

No bien Telémaco advierte
(De Encaris siendo homicida)
Si fué más su amor en vida,
Que su dolor en su muerte.
Pero en tan infausta suerte,
Aunque más su amor presume,
El dolor fué más; y en suma
Entre su dolor y amor
Gloria llama a su dolor
Por merecer vuestra pluma.

Del Contador don Juan de la Vega Coronel

SONETO

Con tanta elevación, Ingenio y Arte
 En esta obra inmortal se remontaron
 Que ni plumas ni voces le dejaron
 A la Fama en la deuda de alabarte.

A imitar de tu estilo alguna parte
 Aplausos y deseos se inflamaron,
 Pero con el temor se disculparon,
 Pues fuera competirte el imitarte.

A tí solo es posible tu alabanza,
 O gran Bermúdez, pues tu sutileza
 Sola a tan superior región alcanza.

Dígalo en la misma obra la destreza,
 Con que, excediendo el Arte a la esperanza,
 Deja celosa a la Naturaleza.

Telémaco en la isla de Calipso. Epopeya Amorosa Dividida en Cuatro cantos

ARGUMENTO DEL CANTO PRIMERO

Descríbese la horrible tempestad que fracasó las Navas de la Armada en que navegaba Telémaco Hijo de Vlises, que por orden de su madre Penélope buscaba a su padre después de larga ausencia de sus Reynos de Ithaca y Zaquinto. Esta tempestad se supone excitada por Eolo Rey de los Vientos a insinuación de la Diosa Venus por ser adversa a los Griegos como enemigos de los Troyanos de quienes era

Auxiliar Deidad. Aporta Telémaco, derrotado de la tormenta, a la isla Ogigia, que yace entre los mares Sirio y Fenicio, donde reinaba Calipso Hija de Atlante, la cual habiéndose prendado del amor de Vlises, le había detenido en aquella isla por tiempo de siete años. Llega a pedir hospedaje y favor a Calipso Mentor Ayo y Maestro de Telémaco, y siempre auxiliado y favorito de la Diosa Minerva, que en el original histórico se supone que había tomado la forma del mismo Mentor para acompañar y asistir a Telémaco; y lo mismo también supone Homero en el libro 1.º de su Vlises. Hospédalos Calipso, y empieza a rendirse al amor del extranjero joven. Inclínase éste a Eucaris, una de las Ninfas que asistían a Calipso; y ella le corresponde. Los soldados de la Esquadra de Telémaco se dejan vencer del amor de las otras Ninfas. Hace Calipso relación a Telémaco de la peregrinación de su padre Vlises, como él se la había hecho en el tiempo que habitó en aquella Isla, después de la guerra de Troya, que también extensamente le refiere; y así mismo le expresa los extremos de su pasión amante en la ausencia que executó Vlises de orden de Júpiter. Pondérale a Telémaco el amor que le ha cobrado: Y él procura persuadirla a que fielmente corresponda a tan declarado favor con su afectuoso rendimiento.

**El Telémaco, Epopeya Amórosa escrita por
Don Pedro Joseph Bermúdez de la Torre y Solier,
dedicada al Excmo. Sr. Conde la Monclova,
Virrey del Perú**

CANTO PRIMERO

1

Yo, que en la flor de mis primeros años
Canté de Amor las dulces tiranías,
Y en celebrar sus agradables daños
Pasé las horas sin lograr los días:

Ahora en numerosos desengaños
(Si llanto son las consonancias mías)
Del mismo Amor haré correr velozes
Las lágrimas por ecos de mis voces.

2

Tú, que con tierna luz amaneciste,
O Musa, como Aurora de mi Oriente,
Y grata a mis obsequios me infundiste
Tu divino furor, tu afecto ardiente:
Si dignos son de tu concepto triste
Números roncacos de una voz doliente,
Mi ardor renueva a qué en sonora rima,
Cante el dolor, la consonancia gimia.

3

Y vos, o excelso Conde, cuyas prendas
Tanto ya en lo esforzado y lo ingenioso
Se compiten, que en víctimas y ofrendas
Postrado Apolo os vé, Marte envidioso:
Mientras Amor de sus doradas vendas,
Texe a Himeneo velo respetuoso
Oíd como vuelve el mismo en mis canciones
Citara el arco, y cuerda los harpones.

4

En tanto que la América dichosa
Digno os admira de mejor Homero
Mostrar de tanta sangre generosa
Ser émulo igualmente que heredero;
Y en feliz descendencia numerosa
Uno y otro clarísimo Lucero
Nuevas luces enciende a vuestras glorias
Logrando numerar vuestras victorias.

5

Escuchad nó las armas, y furores
De Marte, ardientes en su horror sangriento,
Sino de Amor los trágicos rigores
Que expongo en dulce llanto, en triste acento:
Haréis, si con magnánimos favores
Me influís la confianza en vuestro aliento,
Que mude el fuego que mi pecho inflama
Mi ruda lira en trompa de la Fama.

6

Essa senda de estrellas salpicada,
Centellas de aquel brazo diamantino,
Cuya púrpura hizo desatada
Émulo vano a algún humor divino:
Es la que guía con su luz sagrada
Al Assilo que busca mi destino;
Pues Diestra que se admira sin ejemplo,
Si del Valor fué Víctima, hoy es Templo.

7

Repartido el Laurel de las Victorias
Una vez al Bastón, otra a la Espada,
La alta inmortalidad de nuestras glorias
Dejó a nuestra Prudencia vinculada:
Assí también del orbe a las memorias
En dos partes se adora eternizada:
Pues, si la Europa os vió ser su fortuna
La América os aclama su columna (*)

(*) Anagramma
Monclova
O Columna!

8

Dígalo aquel Clarín de la volante
Diosa, que, transfundiéndole su aliento,
Ni perdona el espacio más distante,
Ni al veloz Tiempo cede el movimiento:
Del Pindo también se oiga el elegante
Ritmo a compás del Lírico instrumento;
O, a tanto asombro respondiéndolo, fe
Eco la admiración, oído la idea.

9

De Neptuno en el campo proceloso,
Las espumas rompiendo el Mar Fenicio,
Se veía errante Selva, del furioso
Horror del Viento dar trémulo indicio:
Aquí el hijo de Vlises prodigioso
Fiaba al Cielo, a sus lágrimas propicio,
Los votos que ofrecía reverente
Por el hallazgo de su padre ausente.

10

Telémaco era el Príncipe, que amante,
Y obediente a Penélope, rodea
El Orbe en la estación que el Sol flamante
Esmalta los adornos de Amalthea:
A su reflejo el líquido diamante
Espejo es claro de la luz Phebea,
Que a buscar vá, dejando el frío imperio
La ardiente aclamación de otro Emisferio

11

Quando Venus, haciendo sus enojos
Memoria de que en Troya el lustre y fausto
Fueron de Vlises trágicos despojos,
Y de las llamas mísero holocausto;
Los blancos lirios, los claveles rojos
Triste esmaltando a su recuerdo infausto
De tierno aljofar, hizo en su belleza
Dichoso el mal, y hermosa la tristeza.

12

Yace de vn monte en la soberbia cumbre,
Que de escarchas y nubes se corona,
Oculto un seno, a quien del Sol la lumbre
Llega arrastrada, y ciega se aprisiona:
De su greña la vasta pesadumbre
Tan texidos boscajes eslabona,
Que en su maleza, y soledad inculta
La Noche habita, el Día se sepulta.

13

En este sitio de espesuras lleno,
Que la dulce aura ignora del Verano,
Y es del yelo y la niebla áspero seno,
Vive el Monarca de los vientos cano:
Yugo a sus fuerzas, y a sus iras freno
Severo impone el respetoso Anciano;
Y aunque preso vno y otro brama y gime,
Lo que sella vn peñasco vn monte oprime.

14

Aquí, pues, donde el Sol más se retira
 Este escondido albergue de la Noche,
 Cuando a la tarde el Ruiseñor suspira,
 Llegó de Chipre el venerado coche:
 Y antes que Venus de la luz que inspira
 Rayos y rosicleres desabroche,
 Al esplendor y magestad del vulto
 La vista éxtasis fué, la atención culto.

15

Cortés recibe, humilde reverencia
 Eolo fiel a la deidad que ignora,
 Y lo que se dilata su obediencia
 Quejas causa a la fe con que la adora:
 Ella, de su congoja a la violencia,
 Tan retóricamente gime y llora,
 Que en la muda eficacia del quebranto
 Sirve al silencio de elocuencia el llanto.

16

Nunca el Sol, de las nubes, tan hermoso,
 Rompiendo los celajes amanece, (1)
 Quando en mar de tinieblas proceloso,
 Baxel de luz, las sombras desvanece:

(1).—Obsérvese el trastruque culteranísimo de las palabras; no se entiende fácilmente lo que dice: «Nunca el sol amanece tan hermoso, rompiendo los celajes de las nubes» es la *traducción* de «Nunca el Sol, de las nubes, tan hermoso—rompiendo los celajes amanece». Esta muestra de gongorismo prueba que, apesar de la influencia francesa y de cierto pedestrismo muy frecuente en la segunda mitad del siglo dieciocho. Bermúdez podía aplicarse la célebre burla de Lope: «En una de fregar cayó Caldera».....

Como al cendal, que recató ambicioso
La beldad que después pródigo ofrece,
Corriendo el velo al resplandor que humilla,
Venus, luciente sale, hermosa brilla.

17

Apenas, pues, en su mansión oscura
Conoce Eolo a la animada Estrella
Quando postrado ruega a su hermosura
La causa exprese de exaltarse en ella:
Venus entonces, que obligar procura
Su voluntad, afable a un tiempo y bella,
A sus brazos fiando un cielo breve,
Hizo a una nieve incendio de otra nieve.

18

Lamenta a Troya en llamas sepultada,
Y su Deidad en ellas ofendida;
Pero, aun más contra Ulises irritada,
Quedó más bella quanto más sentida:
Por eso, de Telémaco la Armada
Quiere ver destrozada y sumergida,
Y a tanta acción prometen sus rencores
Las dichas vincular en sus favores.

19

Las ternuras, los ruegos; las noticias,
De sus ansias, sus voces, y sus penas,
Fueron del Dios que escucha sus caricias
Al pecho, al oído, y la razón cadenas:
Tus preceptos (responde) mis delicias
Serán siempre, al hacer lo que me ordenas;
Pues de este Cetro son en su homenaje
Tuyo el imperio, y mío el vasallage.

20

Dijo; y feroz con el impulso horrendo
De una asta fuerte derribando vn monte,
Rompió la cárcel donde están gimiendo
Las Furias del terrífico Horizonte:
Tembló el Mundo; y con ímpetu tremendo
Despeñados al Mar Pirois y Etonte
Dexaron a su estrago y su bramido
Confuso al Sol, y al Cielo estremecido.

21

Con assombro fatal su aliento obscuro
Arrebató los Círculos Polares
Tanto que vió romperse al golpe duro
En fuentes el Abismo, el Cielo en mares:
En el vasto Océano haciendo impuro
Naufragar los Celestes Luminares,
Parece que apagar en él pretende
Quanto esplendor el firmamento enciende.

22

Con ira ardiente, y furias incansables,
Mostraba al Mundo que temió sus quiebras
Rota la Esfera en truenos formidables,
Deshecho el Aire en fúlgidas culebras:
De nubes, de Cometas implacables,
El ronco estruendo, las difusas hebras,
Pronuncian el común estrago ciego
Con voz de horror, con cláusulas de fuego.

23

Despavorido y trémulo el Celeste
Nocturno Argos que el Orbe vigila
Sin que el hurtado adorno manifieste,
Se encubre ciego en su estación octava:
Y bien que el Sol a sus antorchas preste
La luz que en sus ausencias les fiaba,
Errando triste en golfo de tinieblas,
Vacila en sombras, y naufraga en nieblas.

24

Los Náuticos Ministros que miraron
Airado y ronco el Monstruo cristalino,
Más que el temor ligeros, intentaron
Atar las alas del volante Pino:
Mas el Noto a un bramido así volaron
Surcando el Viento Pájaros de lino,
Que aun el que menos a su esfera sube
Es sorbo de vn abismo y de una nube.

25

El Cielo, al ver oscuros sus fanales,
No alumbra en su naufragio las esferas,
Pues, juntando cristales a cristales,
Con los del mar inunda las riberas:
Nadando allí los Peces celestiales,
Del Mar constelaciones son severas;
Y Jove, de Neptuno al escarmiento
En cada rayo vibra un elemento.

26

Así, midiendo el golfo embravecido,
Las ondas cruza cae Leño errante
Como en fúnebres sombras sumergido
Surca obscura región rayo expirante:
Y, las estrellas pise sacudido,
O los abismos bese naufragante,
En cada aliento ofrece su recelo
Un escarmiento al Mar, un voto al Cielo.

27

A Telémaco heroico no ay desmayo,
O tempestad, que turbe lo animoso,
Como al Sol quando vence rayo a rayo
El de la Noche horror caliginoso:
Assí en el de la Muerte último ensayo
Desvaneciendo el susto, pavoroso
De quantos siguen su áspero destino,
Por el riesgo a la dicha abrió camino.

28

Ya la Aurora en los párpados que abría
Un soñoliento albor pestañeaba,
Y de el sepulcro de la Noche el Día
(Naciendo el Sol) la luz resucitaba:
Quando ella con las perlas que vertía
(Pidiendo al Mar, y al Viento que bramaba,
Que moderasen su furor violento)
Sobornó al Mar, y dió quietud al Viento.

29

Quando, pues, el mayor planeta raya
Del Alcázar de Tetis las almenas,
Y al punto en que el Favonio ensaya
Dulces se oyen cantar las Filomenas:
Al breve ancón de una desierta playa
Los baxeles besaron las arenas,
A cuyas peñas sus fragmentos rotos
Formaron aras, y ofrecieron votos.

30

No tanto el preso que aguardó la muerte,
En cuyo horror a instantes agoniza,
Quando el temor en libertad convierte
La dicha aplaude, el gozo solemniza;
Con que al librarse de la infausta suerte
Con que el Mar su fortuna atemoriza,
Los que temieron el fatal destrozo
Pasan de el mayor susto al mayor gozo.

31

Solo el Príncipe heroico, a quien los males,
O los bienes no alteran el sossiego,
Tres veces a los Orbes celestiales
Libró en la voz el crédito del ruego:
Y en sacrificios repitiendo iguales
Sacra lisonja al soberano fuego,
A las Deidades, cuyo honor promueve,
Ofrece afecto grande en culto breve.

32

La Isla Ogigía entre los Mares yace
Fenicio y Sirio; Allí Calipso impera,
Hija de Atlante, en cuyos hombros hace
Júpiter descansar la azul esfera:
Ninfa, cuyos alientos satisface
Del undoso Labotas la ribera
Cuando la aclama en púrpuras y albores
Reina del Prado, y Diosa de las flores.

33

Descubre el Monte Amano su eminente
Cumbre entre aquellos densos Horizontes,
Y su pie besan con veloz corriente
Las espumas del Licos y el Orontes:
Cuya dudosa vista brevemente
Del Mar a tantos míseros Faetontes
Dió aliento con que el ánimo confuso
Dejó con la quietud la vida en uso.

34

Cuando, rompiendo el aire alegre trompa
Con vivo impulso y agradable acento,
Se vió inundar la playa noble pompa
De una y otra beldad burlando el viento:
Mar de hermosuras, sin que el margen rompa,
Fieras y aves asusta en su elemento,
Y de todas Calipso acompañada,
De rayos más que flechas se vé armada.

35

Menos diestra los bosques ilustraba
 La Deidad casta que Eteso venera
 Cuando contra las fieras que postraba
 Vivo Cometa de los montes era:
 Ni tan hermosa Venus se ostentaba
 Dando a Chipre perpetua primavera;
 Pues tuviera una y otra por ventura
 Cederle gallardía y hermosura.

36

Mentor entonces con aspecto grave,
 Aunque en miseras señas deslucido,
 Fué del destrozo de la rota Nave
 De Calipso a la vista conducido: (2)
 Mentor, aquél que de el favor suave
 De Minerva, se vé siempre asistido,
 Y Telémaco logra en su prudencia
 Ilustrar la razón sin la experiencia.

37

Mentor, pues, que a Minerva tanto debe
 (Atenta de Telémaco al destino)
 Que a muchos persuade a que en su Nieve
 Se trasfunde del Numen lo divino:

(2).—Los «traductores» de poesías culteranas, tan en boga hoy, como se vé en la versión de Alfonso Reyes del *Polifemo* gongorino, la de Dámaso Alonso de las *Soledades*, y la del joven escritor peruano José Jiménez Borja, del propio *Polifemo* (1927), tienen en estos cuatro versos, oportunidad de aplicar sus talentos. Es muy dura la necesidad de verter en lenguaje vulgar a poetas selectos. Bermúdez es sólo rimador.

Ella le inspira a que discreto eleve
Tanto a cualquier ingenio peregrino,
Que hace, aún cuando enmudece en las razones,
Voz el Silencio, y lengua las acciones.

38

Llegó; postróse, y respetuosamente
Porfó a besar las manos soberanas,
Que hurtándose en modesta acción prudente,
Fueron divinas en mostrarse humanas:
Deidad hermosa; dice, y de repente
Deliquio breve estremeció sus canas;
Bien que eficaz pudiera en tal preludio
Ser el desmayo a la elegancia estudio.

39

A vos, en cuyas prendas se conoce
Fénix el docto Atlante renacido,
Pues, porque en vuestros méritos se goce,
Más que heredado está restituído:
De cuyo sexo hoy más se reconoce
El Cetro ufano, el Trono encanecido,
Pues, lo fácil de puesto en luz tan pura
Se une al valor y al juicio la hermosura.

40

A vos, que en Regios ocios ocupada,
Sin queja del recato y la Corona
Si no Diana de este Bosque armada,
Sois de estos Montes ínclita Amazona:
Y en los que al Termodonté, coronada,
Lauros le excusa, envidias le perdona,
Vuestra frente vencéis con primaveras
Reinos de aves, Ejércitos de fieras.

41

Telémaco, aquel Príncipe, que llenas
Dejó al Varón más célebre las glorias,
Pues en su imitación pueden apenas
De Ulises distinguirse las memorias:
De Ulises (digo) aquél que a las almenas
De Troya fué ruínas, y sus victorias
No viéndose igualar de dicha alguna,
Dejan ingrata o necia a la Fortuna.

42

Arrojado del Mar, traído del Viento
A vuestras plantas con feliz destino,
Pues vé que al contrastar tanto elemento
Tanto favor el Cielo le previno:
Buscando en vuestro amparo acogimiento
Cuando a esas rocas llega peregrino,
Pide, le permitáis que logre en ellas
Reparar daños y vencer estrellas.

43

Y pues acción tan propia en las Deidades
La conmiseración se considera,
Y en justa inmunidad las Majestades
Muestran la luz que en ellas reverbera:
Este agrado, este abrigo, estas piedades,
Sean refugio al ruego que os venera,
Y haréis (doblando a vuestro honor las palmas)
Templos las vidas, víctimas las almas.

44

Calipso, que en sus playas redimido
De las olas al náufrago extranjero
Vió, y de el discreto anciano encarecido
De la horrible tormenta el daño fiero:
Tierna hospitalidad, piadoso nido
Dá en su pecho al peligro lisongero,
Y propicia al dolor que la enternece
Su ruego admite, y su favor le ofrece.

45

Llevarle manda un Zéfiro Thebano,
Que el vivo orgullo tan feroz realza
Que, sacudiendo lo que pisa, ufano,
Las crines bate, si las manos alza:
Y engreído al mirar su ardor lozano
Que Ofir le viste, Potosí le calza,
Con bravo, aunque galán desasosiego,
Lo que en oro tascó respira en fuego.

46

Telémaco, al favor agradecido,
Por igualar a él su rendimiento,
Ya de la alma apresura persuadido
A divino holocausto amante aliento:
Acompañado de escuadrón lucido
La Silla ocupa al animado viento,
Que al impulso menor que el pie le ofrece
Precipitada exhalación parece.

47

Donde forma el Abril, de una espesura
Pensil florido en Babilonia verde,
De quien, cuando un arroyo no murmura,
Víbora de cristal las plantas muerde:
De un sumptuoso Palacio la hermosura
Su airosa forma entre los astros pierde,
Pues, coronado de sus luces bellas,
Bruñe su resplandor con las estrellas.

48

A este Alcázar, que aun menos presumido
Está al verse a las nubes elevado,
Que al blasonar su lustre esclarecido
De que a Calipso el blanco pie ha besado:
El passo ofrece el lóbrego, extendido
Espacio de una Gruta que ha calzado
De plata el Mar, por ser donde asistía
La que era envidia al Sol, y assombro al Día,

49

La belleza interior, con que regala
Los sentidos, a la alma así suspende,
Que, si lo airoso a lo sublime iguala,
Con la beldad la discreción contiene:
Tanto con el donaire, y con la gala,
Almas atrae, y corazones prende,
Que, en fin, para vencer cuanto procura,
Aun parece que sobra la hermosura.

50

Gallarda forma en proporción severa
 Mostraba el Joven, que a los más extraños
 Marte galán, valiente Adonis era,
 Libre hasta entonces de amorosos daños:
 Rayarán en la hermosa primavera
 De sus Abriles los purpúreos años,
 Donde cogían ya nobles tributos
 La edad en flores, la prudencia en frutos.

51

De asistirle apréciaban el empleo
 Ismenio, Cintio, Antímaco, Aristandro,
 Polidoro, Alcímenes, Doríceo,
 Filemo, Ericto, Pelias y Tebandro:
 También Alcino, que es segundo Orfeo,
 Voz del Caístro, envidia del Meandro,
 Pues hace su dulzura en blandas señas
 Parar los vientos y mover las peñas.

52

Las Ninfas, que en Alcázar, Selva, y Playa
 A Calipso seguían, son Dircea,
 Dórida, Arceta, Elisa, Olimpia, Aglaya,
 Narcisa, Clori, Cintia y Leucotea:
 A estas se unen Marsisa, Eperie, Maya,
 Nais, Electra, Nísida y Cirtea,
 Elis, Glauca, y Eucaris, cuyos ojos
 De muchas almas logran los despojos. (3)

(3).—Las octavas 51 a 56 ofrecen una prueba elocuente del culteranismo de Bermúdez, y del absurdo camino por el cual, citando personajes y hechos mitológicos, pretendieron los culteranos, imitar las excelencias de Góngora, poesía pura y altísima.

53

Aunque distinta en todas la belleza,
Tan igual era su violencia hermosa,
Que sin error la más cortés fineza
A una por otra amar quisiera ansiosa:
Tan activas mostró naturaleza
Sus luces a la vista más curiosa,
Que abrasar una a quien por otra ardía
Era razón, y agravio parecía.

54

El Dios tirano, el nieto de la espuma,
Lince vendado, y Basilisco ciego,
Alma no dexa que a su impulso en suma
No arda holocausto de sus aras luego:
Manda que el fuego abraze y no consuma,
Que pueda arder la nieve, helarse el fuego,
Y hace con tierno ardor, con dulce estrago.
Vida el incendio, y el dolor halago.

55

Quantos harpones, pues, su ceño airado
Contra las almas a la aljava apura
Hacen arder el bronce más helado,
Y enternecerse la esquivez más dura:
Por dexar a Telémaco postrado
Por flecha usó de Eucaris la hermosa;
Que para el triunfo de ínclitas finezas
No es necessario Amor donde hay bellezas.

56

No tanto Mariposa entre esplendores
Sedienta del ardor la luz rodea
Quando elevada y ciega en sus amores
Busca su mal, su riesgo galantea:
Como el Joven, de rayos y candores
Amante, en los incendios se recrea;
Pues, ambicioso de la luz que admira,
No solo a arder, sino a morir aspira.

57

Pero su ardor, de una ansia en los retiros
Se oculta de un deseo entre la calma,
Bien que de Amor son lenguas los suspiros,
Y los ojos intérpretes de la alma:
Ambos del Ciego a los mortales tiros
Postran la libertad, rinden la palma,
Y quando más su inclinación desmienten
Sobra a lo que no dicen lo que sienten.

58

También Calipso en tormentosa idea
A la alma pone quando al Joven mira,
De su persona en lo galán se emplea;
De su discurso en lo sutil se admira:
La majestad con el amor pelea;
Al recato, el afecto se retira;
Y en la guerra interior del pensamiento
Crece la resistencia al rendimiento.

59

Postrado el Joven su beldad divina
Muestra que adora; y ella cortesana
Tanto a su agrado el vivo cielo inclina
Que de verse rendida quedó ufana:
El sus favores agradece; y fina
Los repite Calipso; y tanto gana
El Amor en las dos almas (*) enciende que (*) Telémaco y
Que igualmente una en otra se suspende Eucaris

60

Ya Ismenio a Leucotea, Alcino a Elisa
Aman: Ya Doricleo a Electra adora;
Cintio a Eperie, Alcímenes a Narcisa,
Aunque el favor de la esperanza ignora:
Filemo con sus ansias a Marsisa
Obliga más que Zéfalo a la Aurora,
Pelias a Olimpia, a Nísida Aristandro,
Eicto a Nais, y a Dórida Tebandro.

61

Ya las Mesas con pródiga opulencia
Pueblan Ceres y Baco, y las fecundan
De quanta varia suave diferencia
Las esferas de Aire, Agua y Tierra inundan:
En su adorno de Flora la asistencia
Luce, sin que prolixas le confundan
Pomona, y Pales que se ostentan graves
En dulce copia, en néctares suaves.

62

A instrumento sonoro Eucaris bella
Blandos acentos dulcemente ía
Mientras sumptuosa se dilata aquella
Regia pompa, y espléndida porfía:
Sin ejercicio no hay sentido en ella,
Pues halagan con lustre y armonía
Sazón, adorno, olor, beldad, sonido,
Al gusto; tacto, olfato, vista, oído.

63

A su afecto Telémaco postrado
Con ver y oír a Eucaris se alimenta,
Y como por los ojos el cuidado,
Por el oído la alma se apacienta:
Ansioso el pecho, el corazón turbado,
Tántalos son del gozo que atormenta,
Mostrando Amor que en penas y caricias,
Unirse pueden ansias y delicias.

64

Arde elevada en la belleza pura
De la Ninfa; y si en éxtasis se mueve,
Por los ojos el suave incendio apura,
Por los oídos el dulce hechizo bebe:
Ya de la vista imán es la hermosura;
Ya la alma no es a tanto ardor de nieve;
Pues de gracia y beldad al culto y fausto
Una es elevación, y otra holocausto.

65

Calipso entonces a su Huésped cuenta
De Troya la tragedia lamentable
Que a Juno y Palas la venganza aumenta
Y a Venus el dolor inconsolable:
Su historia (dice) a Ulises oí atenta
Quando él, debiendo a mi cariño afable
Reparar en esta Isla otros estragos,
Sus despegos opuso a mis halagos.

66

Era la noche, y por las sombras mudas
Trémula luz de resplandor pequeño,
Rayos brujuleando en pardas dudas,
Hizo el silencio de las vidas dueño:
Callaba el Aire aún viendo en las sañudas
Rocas batir el Mar, y en blando sueño
Era Troya en letargo obscuro y fuerte
Theatro a las figuras de la Muerte.

67

Con esplendor funesto las marciales
Teas por la Ciudad dormida impressas
Más que en el fuego en el furor mortales
Consumen libres quanto ofenden pressas:
Pareció que en torrentes y raudales
De llamas corrió el Fuego a las empresas
Del odio que alcanzó cruel y violento
De su venganza hacer un lucimiento.

68

Más que en dos lustros pudo en una hora
Troya estragos sentir, llorar engaños:
O cuánto yerra el que imprudente ignora
Que solo una hora han menester los años:
Si del horror que la ignorancia adora
La razón estudiara por los daños,
O cuánta más que el fausto y el contento
Fuera felicidad el escarmiento! (4)

69

La confusión, las armas, las violencias,
Que, obscuro el cielo, ronco el Aire ayuda,
Con triste assombro, y duras experiencias,
Dexan la acción inmóvil, la ansia muda:
Preso el sentido, absortas las potencias,
La vista en calma, la razón en duda,
Quando hace el mal que entre su horror recuerdan
En Labirintos de dolor se pierden.

(Continuará).

(4).—Por cierto que esta estrofa es de las pocas que hallará el lector con cierto vuelo. Excepto los dos versos finales, de otras muchas octavas, Bermúdez se destaca hasta este punto por lo forzado de su rima. En cambio, en las octavas 63 y 68 vemos el asomar de un poeta bien entonado.